

### Una política de la conmemoración pública

Mi intervención en ocasión del Bicentenario de la Declaración independentista argentina, en 2016, se sitúa en un contexto nítido de la coyuntura actual: el de una devaluación de los nexos entre historia y política. Este año bicentenario contiene variadas novedades que ya han sido subrayadas respecto del viraje ideológico producido durante el mismo. Pues cualquiera sea la valoración defendida respecto de los meses argentinos que rodearon al Bicentenario de julio de 2016, algo ha ocurrido y aquí me propongo aludir solo a una dimensión de la política cultural.

Me refiero a una mutación según la cual la orientación adoptada por los asuntos públicos (lo que llamamos "la política") ha resignado un vínculo interno con una imagen sustantiva de la historia colectiva. La construcción del futuro, por ende, carece de un lazo sustantivo positivo con alguna idea del pasado común. Más bien, y eso es revelador de una vocación palingénésica, se trata de desenlazar y amarrar con un tiempo pretérito de naturaleza negativa. Es difícil saber si se trata de un cambio cultural masivo, una nueva fractura civilizatoria, o un humor efímero de época. Pero percibimos que de alguna manera la historia ya no es simplemente *magistra vitae*, si es que alguna vez lo fue.

Sea como fuere, las sensibilidades culturales del Bicentenario de la Independencia promovidas por el Estado carecieron de una movilización pública significativa e interpelante. Esto fue advertido como una propuesta explícita. Una voz oficial declaró a la prensa que el evento Bicentenario "no va a tener un concepto de show, sino que será algo más austero, federal, de la gente y enfocado en el futuro, en pensar en los próximos cien años" (*La Nación* 2016). El "show" era atribuido a los festejos por el Bicentenario de la Revolución de Mayo. El año 2016 se reconocía así como un tiempo de austeridad pero también de deflación de las pasiones históricas. Sin necesariamente adscribir a algunas teorías sobre el tiempo actual, la inclinación gubernamental en materia de cultura histórica se asoció al "presentismo" del que habla, entre otros, François Hartog. No se sabe con certeza si el futuro va a ser muy diferente del presente. Lo decisivo es que el presente sea distinto del pasado, lejano o cercano.

Sin duda es sostenible que en este tiempo corto de las representaciones colectivas persiste un "concepto de historia". Y también es aceptable que los modos de definir los nexos temporales no deben naturalizarse en la horma de las historias nacionales y en la mediana duración de nuestra breve vida histórica postcolonial. En todo caso, lo indiscutible es que la actualidad oficialista en la Argentina se mueve cómoda en el presente y su contingencia. Algunas usinas historiográficas se pusieron al servicio de esa perspectiva sin demasiadas demoras filosóficas. La Academia Nacional de la Historia, en la palabra de su presidente Roberto Cortés Conde, revalidó las decisiones oficiales aportando "seriedad historiográfica". El historiador económico destacó sobre los actos por realizarse en la escena estatal: "les daremos los asesoramientos que nos pidan" (*La Nación* 2016). Es sencillo mostrar que en esta orientación, más que la ausencia de una política de la conmemoración pública, prevalece una figura precisa de la misma. Es aquella según la cual las identificaciones colectivas deben ceder terreno a los intereses particulares, sin imposiciones sustantivas desde el Estado. Como historiador pienso que esa manera de ver las cosas no es buena ni mala. Ese juicio moral es irrelevante. Pero sí involucra una política de la memoria social. Supone una escisión entre historia y política.

Por eso mismo me interesa introducir los disensos, seguramente menos visibles, en los cuales opera un vector de interrogación histórica con proyección activa: el decir de las izquierdas según el cual nos hallamos ante el desafío de una "segunda y definitiva independencia".

### Recorrido de una consigna entre historia y política

La noción de una "segunda y definitiva independencia" posee el interés de revelar en su seno una multitud de filamentos de las tendencias culturales latinoamericanas. Convergen en ella una prolongada tradición ligada

a la formación de nuevos Estados nacionales en la era post-independentista; el nacionalismo decadentista en sus múltiples figuras; el socialismo y el comunismo sobre todo en sus versiones posteriores a 1910 y 1920 según los casos; el anti-imperialismo latinoamericano de corte antiburgués o de reforma del capitalismo; el nacionalismo popular; el horizonte transformador tanto anticolonial como anticapitalista despertado por la Revolución cubana, entre muchas otras fibras ideológicas.

Respecto de esa consigna tan extendida en las actitudes de las izquierdas ante los bicentenarios pueden sostenerse al menos dos afirmaciones. La primera es su irreductibilidad a una unidad de sentido, a una simplicidad semántica. Es más bien un operador lógico, o un nombre, de una diversidad de tendencias. Adoptando el lenguaje filosófico de Saul Kripke podríamos denominarlo un “designador rígido”. La segunda se deriva de la primera: más que un ámbito pacífico de consistencia conceptual, la consigna se inscribe en un plexo de tensiones y disputas. Es que en la formulación de la propuesta de una variante transformadora, dirimía estrategias alternativas de comprensión del pasado, de evaluación del presente y de postulación de un porvenir. El rastreo del significante concreto de “segunda y definitiva” no permite reconstruir una genealogía unívoca. Entonces, para capturar su heteróclita compostura debemos ajustar la pregunta e interrogar por los sentidos genéricos y conceptuales.

La noción de una segunda independencia puede ser hallada en los primeros decenios de las repúblicas de la temprana Independencia, en las que se percibió la necesidad de construir una autonomía cultural. La generación romántica argentina de 1830 supo reclamar un nuevo corte emancipatorio respecto de la tradición española, que ya no debía ser desde la decisiva batalla de Ayacucho (1824) un apronte de tipo bélico sino, más bien, ideal (hoy diríamos, “cultural”): Juan Bautista Alberdi y Esteban Echeverría plantearon el designio de una “revolución de las ideas” o de una “filosofía nacional”. Tales antecedentes debieron esperar hasta fines del siglo diecinueve para prosperar en los rasgos anti-imperialistas y latinoamericanistas que todavía persisten en el discurso de las izquierdas. El rechazo recibido desde numerosos lares de las izquierdas del subcontinente por parte del libro *Imperio* de Negri y Hardt es revelador del amor latinoamericano por las tesis del anti-imperialismo. Como sea, se supone que el nombre decisivo en su enunciación fue el de José Martí en 1889. La ocasión fue la crónica por él escrita para el diario *La Nación* de Buenos Aires sobre un congreso interamericano reunido en Washington.

El publicista cubano no habló, sin embargo, de una independencia “segunda y definitiva”. Lo que exactamente escribió, a propósito de las tensiones que algunas delegaciones latinoamericanas (entre ellas la argentina en representación del gobierno oligárquico de Juárez Celman) expresaron ante el ánimo hegemónico reclamado por la procuración estadounidense, fue esto: “De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia”. No es difícil percibir los desplazamientos operados en el uso posterior de la frase de Martí. No solo se ha añadido la idea de una independencia “definitiva” (acorde con la fantasía de una esencia por fin restituida). También se ha transformado la “América española” en un conglomerado heterogéneo, definido más bien por su comunidad “anti-imperialista”. Inglaterra, Estados Unidos y en algunos casos incluso la Unión Soviética, ocuparon los roles denostados por sus ánimos de dominio sobre América Latina.

Como enseña la historia de las ideas, también el anti-imperialismo, como cualquier otra matriz de pensamiento, estuvo saturado de posiciones encontradas, disidentes e incluso enfrentadas. Justamente por eso las derivas del anti-imperialismo no podrían ser clasificadas con sencillez en esquemas dicotómicos como regresivo/progresivo o izquierda/derecha. No porque esos esquemas sean irrelevantes, sino porque son tipos ideales (o notaciones auxiliares en el esfuerzo por organizar una realidad siempre heterogénea) útiles para comprender la experiencia concreta. Al respecto, es viable ser realistas en lo histórico y constructivistas en lo epistémico.

Así las cosas, los años veinte y treinta del siglo veinte, desde la derecha nacionalista y/o católica pero también, y esto es notable, desde la izquierda internacionalista y anticapitalista, proliferaron los posicionamientos anti-imperialistas como signo de un problema severo para la hegemonía burguesa en crisis: el agotamiento hacia fines de la década de 1920 del orden capitalista dirigido por la fórmula económico-social “roquista” que la democracia yrigoyenista ya no podía reconducir hacia hormas populares. En ese intrínquilis histórico-político prosperó el anti-imperialismo en sus distintas y contrastantes orientaciones. Al pasar, pero con vigor, debe recordarse que este fue un tránsito político-cultural que atravesó con sus debidos matices todo el subcontinente.

Desde 1945 en la Argentina, el peronismo cruzó como un rayo en este cielo ya complicado al introducir —entre otras novedades— un nacionalismo popular que si aspiraba a embellecer un capitalismo nacional y

redistribuidor, imprimía un filo plebeyo a la democracia que suscitó tensiones inasimilables en las clases dominantes. Luego de 1955, dicha línea argumental se amalgamó con el anti-imperialismo en las versiones peronistas de izquierda. En esa modificación ideológica fueron cruciales las elaboraciones filopopulistas de marxistas como Rodolfo Puiggrós y Jorge Abelardo Ramos.

Lo cierto es que, atravesado el meridiano del siglo veinte, acontecida la Revolución cubana que hizo concebible un horizonte socialista en América Latina, se expandió como reguero de pólvora otra noción que preparó la difusión de la “segunda y definitiva”, me refiero al concepto de “liberación nacional y social”. También con antecedentes en el período de entreguerras del siglo veinte, devino un término decididamente sesentista y setentista. No dio paso a la noción de “segunda y definitiva independencia” sino hasta los años calientes que rodearon al regreso de Perón al país, en 1973. Las izquierdas, incluida la peronista, adoptaron la fórmula pues parecía abrir un sendero para ir más allá de la recomposición de un país burgués donde las “banderas” del peronismo del 45 eran insuficientes. Por ejemplo, en los inicios de la década de 1970 el Ejército Revolucionario del Pueblo en la Argentina, inspirándose en la palabra de Ernesto “Che” Guevara y una adhesión al indoamericanismo, convocó a la realización de una “segunda y definitiva independencia” como inequívoco sinónimo de revolución socialista inmediata.

### Las izquierdas en 2016

Es indudable que un mundo histórico nos separa de las décadas que tan esquemáticamente he referido en los párrafos precedentes. El contexto crucial disuelto fue aquel que permitió distinguir un “tercer mundo” alternativo al que representaban el occidente capitalista y un oriente comunista. ¿Cómo es posible reconocer relevancia a una consigna que alcanzó vigencia en una época que ha cesado? El fallecimiento de Fidel Castro como símbolo de una vida histórica de las izquierdas latinoamericanas puede ser visto, en lenguaje de Kant, como un “signo histórico” que impone la necesidad de reconfigurar las viejas consignas.

Es que en numerosos sectores de las izquierdas argentinas y latinoamericanas la idea de una segunda y definitiva independencia es la clave con la que han presentado sus posturas en estos tiempos de conmemoración. La razón es clara. Cuando el capitalismo triunfante sobre el comunismo burocrático ha revelado que su victoria estaba acompañada por una prolongada crisis que no ha sabido rehacer la tasa de ganancia y el crecimiento económico agregado de manera significativa desde la crisis de 1973, el fin de las ideologías solo oculta la vacancia de una nueva era de las ideologías, incluso ante la evidencia de una crisis generalizada de las estrategias.

Tal crisis afecta a una debacle muy extensa de las élites sistémicas (la reciente elección de Donald Trump para la presidencia norteamericana es una irrefutable evidencia de esa desorientación), pero también de quienes están convencidos de que el mundo merece ser cambiado. La pérdida del sentido de la “historia” pero a la vez el deseo activo de una novedad que abra el horizonte de un orden mundial indeseable, es lo que reverbera en la consigna aquí traída a la palestra de nuestro Bicentenario 2016.

### Final

Pervivía en la idea de una segunda y definitiva independencia una contrariedad. A la vez que se imaginaba en moldes revolucionarios y mundiales, se retraía sobre las fronteras nacionales. Era un lema indudablemente originado en la época del Estado-nacional y del nacionalismo, aunque fuera refigurado como comunidad subcontinental de una “Patria grande”. Como horizonte de una “desconexión”, como la pensó hace décadas Samir Amin y una fracción de la teoría de la dependencia, esa estrategia de separación parece anacrónica y utópica en este capitalismo globalizado.

Sin embargo, la adopción unilateral de un internacionalismo abstracto es tan nociva como el nacionalismo autocomplaciente. Todo sugiere que una perspectiva de izquierdas requiere, en parte, plasmar una opción propia en el terreno de la nación (y de su lógica estatal), situándola entre otros planos, más acá y más allá de ese dispositivo fundador de los nacionalismos de todas las orientaciones ideológicas.

Pienso que el momento del Bicentenario encuentra a las izquierdas latinoamericanas en un instante de incertidumbre, donde sus antiguas consignas encuentran mellado su filo ante las vacilantes puertas del orden capitalista en crisis. Es muy endeble sostener que los proyectos de una sociedad diferente vinculados con los valores de las izquierdas (la igualdad y la libertad) estén definitivamente perimidos. De hecho, las novedades surgidas desde el bienio 1989-1991 donde la lógica del capital parecía haber cumplido su victoria histórica como promesa de crecimiento generalizado y democracia en expansión, no se han realizado. Las izquierdas

todavía deben reconstruir sus proyectos y sus estrategias. Es imposible saber cuánto tiempo insumirá esa recomposición.

El momento bicentenario es un indicador de la condición vacilante de unas izquierdas, en la Argentina y en América Latina, en que sus categorías intelectuales pugnan por introducir un sesgo en los debates colectivos, entre el pasado y el porvenir.

---

### **Bibliografía**

*La Nación*. 27 de Mayo de 2016.